

CAPITULO V.

Historia del imperio de Oriente, desde el segundo período de la herejía de los iconoclastas hasta el advenimiento de los Comnenos (1).

(802-1056).

El imperio de Oriente se había mostrado hasta entonces bajo un aspecto sombrío. Sin embargo, en medio de su profunda miseria, aun producía hombres patrióticos, adornados de virtudes sublimes. Pero en esta época, precipitándose de nuevo en las exageraciones insensatas de los iconoclastas, colmó la medida de sus crímenes. La Providencia permite que se sumerja en el cisma, y que se vea privado de la vida que le comunicaba la Iglesia católica. Desde aquel momento no ofrece al historiador mas que el repugnante aspecto de un cadáver.

§ I. Del segundo período de la herejía de los Iconoclastas
(802-842).

Nicéforo. Después del concilio ecuménico de Nicea, convocado por la emperatriz Irene contra los iconoclastas, el número de estos herejes disminuía de día en día. Pero sin embargo, formaron siempre un partido considerable en el seno del Estado. Mezcláronse en las revueltas civiles, y lograron reanimar su secta colocando á sus partidarios en el trono. El brutal Nicéforo que sucedió á la emperatriz Irene, no se declaró abiertamente en su favor. Pero era un príncipe avaro y cruel que hizo desgraciados á sus súbditos y sufrir á la Iglesia. Murió detestado en una guerra que sostuvo contra los

(1) Además de los autores designados como de consulta para la historia del Bajo-Imperio, consúltense los siguientes: Maimbourg, *Histoire du schisme des Grecs*; Henrion, *Histoire de l'Eglise*; Gaillardin, *Cahiers d'histoire du moyen âge*; Tager, *Histoire de Photius*.

Búlgaros, y estos bárbaros hicieron una copa con su cráneo (811). Su hija Stauraces reinó breve tiempo, y dejó la corona á su cuñado Miguel. El nuevo emperador se había declarado contra los iconoclastas, pero fue derribado del trono por un motin de la soldadesca, y obligado á ceder la diadema á su general Leon el Armenio (813).

Nuevos emperadores Iconoclastas. El reinado de este usurpador fue muy deplorable para la Iglesia. Apenas hizo desaparecer la oscuridad de su nombre bajo el esplendor de algunos triunfos obtenidos peleando contra los Búlgaros y los Arabes de Africa, comenzó á perseguir á todos los ortodoxos (816). Volviéronse á derribar las cruces y las imágenes, desgarráronse los cuadros que decoraban la Iglesia, y los obispos y los sacerdotes fieles á la verdadera fe fueron desterrados. Por último, el perseguidor sucumbió en una conjuración que se tramó contra él (820). Pero su muerte no restituyó la paz al imperio. Sus sucesores Miguel el Tartamudo y Teófilo renovaron sus edictos, continuaron desolando á sus súbditos, y dejaron al mismo tiempo que los bárbaros se apoderaran de sus provincias. Los Sarracenos invadieron la isla de Creta, y se establecieron en ella en el reinado de Miguel (823). Por otra parte, los Aglabitas de Cairoan emprendieron la conquista de Sicilia y la llevaron á cabo bajo Teófilo (832).

Fin de la persecucion (842). A la muerte de Teófilo, su hijo Miguel III, que no tenía mas que tres años, fue proclamado emperador, y su madre Teodora obtuvo la regencia. Esta era una mujer de fe muy pura y de piedad eminente. Su primer cuidado fue restituir la tranquilidad á la Iglesia. Ella facilitó la reunion del concilio de Constantinopla. La herejía fue condenada en él, y el patriarca iconoclasta Lecanomante fue depuesto. En su lugar se nombró al santo monje Metodo, que había defendido la verdad con una sublime abnegacion durante la persecucion. Así pereció el error de los iconoclastas que había perturbado al Oriente por espacio de ciento veinte años, haciendo correr torrentes de sangre. Pero la herejía va á suceder el cisma; y Focio es el instrumento

que el genio del mal emplea para consumir su obra tenebrosa.

§ II. De Focio y su cisma (858-886).

Elevacion de Focio. Focio era el hombre mas instruido de su tiempo. Uniendo á un talento fecundo y flexible todos los recursos de una astucia consumada, resolvió el satisfacer á toda costa sus ambiciosos deseos. Penetró pues en la corte, aduló y obtuvo el favor del poder. Poco tardó en recibir el premio de sus bajezas y adulaciones. El emperador Miguel III, que habia sido educado por su tio Bardas en medio de la corrupcion y de la impiedad, se deshonraba con las mas atroces turpitudes. En su corte se hacia burla públicamente de los misterios de la religion, y los bufones parodiaban en su presencia las augustas ceremonias del culto. Como fueran notorios estos escándalos, el patriarca de Constantinopla debió prohibir á Miguel entrar en el sagrado recinto, y lanzó un anatema contra Bardas, autor de todas aquellas infamias. Enfurecióse este último con tal noticia, hizo que el emperador destituyera á san Ignacio, y nombró en su lugar á Focio, que era lego á la sazón; pero un obispo cismático le confirió todas las órdenes en seis dias (858).

Astucias de Focio. Para mantenerse en el puesto que habia usurpado, Focio intentó primero inclinar á san Ignacio á que renunciase. Empleó para lograrlo la dulzura y la violencia; pero despues de esfuerzos inútiles se vió obligado á ensayar otras vias, y al efecto escribió al papa Nicolas I una carta hipócrita con el objeto de alcanzar por sorpresa su aprobacion. El soberano pontífice tuvo la prudencia de enviar legados para que examinaran personalmente el negocio, y le dieran informes. Focio los redujo. Ellos pronunciaron en pleno concilio la deposición de Ignacio, y se volvieron á Roma despues de haber prevaricado vergonzosamente (862). Por fortuna se descubrió la superchería, y el papa condenó á Focio. Despues de esto, el intrigante engañó todavía, á lo menos por algun tiempo, la buena fe de los Orientales.

falsificando las cartas que venian de Roma á Constantinopla. Pero cuando se vió imposibilitado de poder ocultar mas tiempo su condenacion, se quitó la máscara abiertamente. Declinó la competencia del papa negando la supremacia de su jurisdiccion, bajo el pretexto especioso de que siendo Constantinopla igual á Roma en el órden civil, debia serlo de la misma manera en el órden espiritual; acusó á los Occidentales de haber ofendido la fe añadiendo al símbolo que el Espíritu Santo procede del Hijo (*Filioque*), y les echó en rostro el haber alterado la disciplina con el uso de los panes ázimos. Llegó al extremo de condenar al papa (862-867).

Dinastia macedonia. Expulsion de Focio. Pero sus triunfos duraron poco. Una revolucion se operó en el imperio. Miguel fue asesinado por los conspiradores, y el Macedonio Basilio ocupó el trono (867). Este principe fue el jefe de una dinastía que duró hasta el advenimiento de los Comnenos (4). Basilio no estimaba á Focio, porque habia visto de cerca sus arterías. Se apresuró pues á deponerlo, y á restablecer en la silla de Constantinopla al patriarca legítimo san Ignacio, que gemia en el destierro. Con este fin, rogó al sumo pontífice que convocara en Constantinopla un concilio ecuménico, donde fueron censuradas todas las intrigas de Focio, y se reconoció la supremacia de la santa sede (869). Este es el último concilio que celebraron los Griegos, y arrastrándolos á reconocer la supremacia de la Iglesia romana, parece que la Providencia quiso hacerles pronunciar á ellos mismos su condenacion antes que se consumara su cisma.

Llamamiento y nueva caída de Focio (876-886). Sin embargo, Focio buscó modo de reducir al emperador Basilio.

(4) SUCESION IMPERIAL DESDE LA EMPERATRIZ IRENE: Nicéforo (802-811), Miguel I (811-813), Leon el Armenio (813-820), Miguel II el Tartamudo (820-829), Teófilo (829-842), Miguel III el Ebrio (842-867). — *Dinastia Macedonia:* Basilio I (867-886), Leon el Filósofo (886-913), Constantino VII Porfirogenete (913-919), Romano I el Antiguo (920-944), Romano II (959-963), Nicéforo II Focas (963-969), Zimisces (969-976), Basilio II (976-1023), Constantino VIII (1023-1028), Romano III (1028-1034), Miguel IV (1034-1041), Miguel V (1041-1042), Constantino IX (1042-1054), Zoé, esposa de este emperador (1028-1054), Teodora (1054-1056), Miguel VI (1056-1057). En este punto comienza la dinastía de los Comnenos.

El sabía que este príncipe deseaba ardientemente hacer olvidar la oscuridad de su nacimiento. Para atacarlo por su flaco, fabricó una genealogía que calificó de muy antigua, haciendo entroncar á Basilio con las primeras familias griegas. El emperador cayó en este lazo, y trató desde aquel descubrimiento á Focio con tanta consideracion que lo colocó en la silla de Constantinopla despues de la muerte de san Ignacio (877). Así permaneció durante el reinado de Basilio. Pero Leon el Filósofo, que lo detestaba cordialmente, lo hizo encerrar otra vez en un monasterio de Armenia, donde murió cinco años despues de su última expulsion (891).

§ III. Del Oriente hasta la consumacion del cisma (886-1054).

Estado del imperio. Despues de la muerte de Focio, la decadencia del imperio es cada vez mas profunda. En torno de los emperadores no se ven mas que pugnas y discordias, y su córte es uná sentina de vicios. No teniendo apenas Constantinopla ninguna relacion con Roma, sus patriarcas solo tratan de satisfacer sus miras ambiciosas, ó bien yacen en una vergonzosa indiferencia, rodeados con frecuencia de las mas degradantes torpezas. Y entre tanto, el imperio perdía las mejores provincias en lucha con los bárbaros que se las arrebatában. Los Búlgaros y los Eslavos de la Iliria estaban por una parte preparados constantemente á invadir el Epiro, la Macedonia y la Tesalia; por la otra, se hallaban los Rusos, que amenazaban con sus flotas á Constantinopla, mientras que los Musulmanes estrechaban el Asia Menor y se extendían por la Sicilia y las islas.

De los emperadores hasta Nicéforo Focas (886-963). Leon el Filósofo, que reemplazó á su padre Basilio, era mas bien un literato que un emperador. Entregado á las especulaciones de la ciencia, descuidó de tal suerte los intereses del imperio, que dejó á los Búlgaros atravesar impunemente sus fronteras. A su muerte (912), la córte imperial se convirtió en teatro de las mas bajas intrigas. Su hijo y sucesor Constantino VII, Porfirogenetes, se vió obligado á compartir su autoridad con

uno de los intrigantes que aparecieron en aquel tiempo, con Romano Lecapenes (910). Los hijos de Romano, revestidos con el título de Césares, fueron quienes opusieron resistencia á los bárbaros. Ellos vencieron á los Arabes; pero no pudieron impedir que los Magiares y los Búlgaros devastaran la Tracia (934). Romano y sus hijos fueron en seguida desterrados (945), y la mujer de Constantino, la emperatriz Elena, reinó en nombre de su marido. Este príncipe heredó los defectos de su padre. En vez de gobernar, escribía, y despues de un largo reinado murió sin haber hecho nada por sí mismo (959). Su hijo Romano II no hizo mas que pasar. Su mujer Teófana lo envenenó (963).

Nicéforo, Zimisces, Basilio II (963-1025). El imperio gozó bajo estos tres soberanos de cierto esplendor militar, que encubrió un poco los crímenes que deshonoraban el palacio. Nicéforo, llamado al trono por la infame Teófana, que le ofreció su impura mano, era un general hábil. Antes de echar sobre sus hombros la púrpura imperial, habia adquirido celebridad con las victorias que habia alcanzado sobre los Arabes. Cuando dispuso del poder supremo, dió el mando de sus tropas á Zimisces. Nadie era mas digno de obtenerlo. El nuevo general justificó la eleccion del emperador reconquistando contra los Arabes toda la Siria hasta el Eufrates, y ademas la isla de Chipré. Teófana cometió la perfidia de concertarse con Zimisces para perder á Nicéforo. El complot triunfó, y Zimisces fue proclamado emperador (969).

Para afirmarse en el trono, desterró á la perversa emperatriz que habia provocado su ambicion, y se asoció los hijos de Romano II, Basilio II y Constantino VIII. En seguida formó una alianza con Othon el Grande, y le concedió para su hijo Othon II á la princesa Teófana (972). Su gloria militar se acrecentó de dia en dia. Él venció á los Búlgaros y á los Rusos, llevó sus ejércitos victoriosos hasta el Tigris, y aterró á los califas de Bagdad. Basilio II y Constantino VIII le sucedieron (976).

Basilio II sostuvo la fortuna del imperio mientras que su hermano arrastraba una vida ociosa y oscura. Él conservó

todas las adquisiciones que habia hecho Zimiscees sobre los Arabes, sometió á los Búlgaros, y declaró provincias del imperio su territorio, juntamente con la Croacia, la Servia y la Chazaria (1018). La muerte lo sorprendió cuando se disponia á recobrar la Sicilia (1025).

Degradacion de los emperadores. Miguel Cerulario (1025-1034). Constantino VIII sobrevivió tres años á su hermano Basilio. Desde esta época el imperio sufre constantes reveses fuera, y ofrece dentro una série de crímenes. Los Arabes recobraron todo lo que habian perdido en Siria, á excepcion de Antioquia (1028). Todos los pueblos de las orillas del Danubio que habian sido subyugados reconquistaron su independencia. Los Normandos se apoderaron en Italia de algunas ciudades que Constantinopla habia conservado en aquella península, y los Turcos Seldjucidas hicieron progresos en el Asia Menor. La corte parecia indiferente á todos estos reveses. El poder habia caído en manos de la emperatriz Zoe, que hacia y deshacia los emperadores al antojo de sus caprichosas pasiones. En medio de todos estos desórdenes se consumó el cisma de la Iglesia Griega.

Miguel Cerulario, á quien las intrigas de una corte corrompida habian sacado de una prision para colocarlo en la silla de Constantinopla, renovó las pretensiones de Focio. Prevenido del peligro, el papa Leon IX envió sus legados á Constantinopla para evitar la catástrofe. Constantino IX apoyó las reclamaciones de los legados; pero Miguel Cerulario arrojó tenazmente sus anatemas, se separó de Roma, y escribió á todos los patriarcas y obispos de Oriente para que aceptaran el cisma. Pedro de Antioquia se opuso; pero con el tiempo venció todos los obstáculos, y el cisma de la Iglesia Griega se consumó (1054).

§ IV. Del advenimiento de los Comnenos (1056-1067).

Isaac. Constantino Ducas (1056-1067). Este deplorable acontecimiento coincidió casi con la caída de la dinastía macedo-

nia; porque á los dos años se sublevó el ejército contra el sucesor de Constantino IX, Miguel el Stratiótico, y puso en su lugar á Isaac Commeno, que era su general (1056). El gefe de la nueva dinastía no fue feliz. Las reformas que hizo en la milicia y el estado le suscitaron numerosos enemigos. Él depuso á Miguel Cerulario, pero no impidió el cisma. En fin, despues de muchos esfuerzos estériles, se vió obligado á abdicar en favor de Constantino Ducas (1059). Este era un jurisconsulto erudito que pasaba el tiempo en los tribunales sin ocuparse del gobierno del imperio. Por esta razon, sus enemigos pudieron arrebatarle fácilmente sus mas ricas provincias. Los Turcos seldjucidas se apoderaron de la Mesopotamia y de la Armenia; los bárbaros devastaron la Macedonia, al paso que trastornaban temblores de tierra asoladores toda el Asia Menor. Despues de nueve años de reinado murió permaneciendo en todos ellos espectador impasible de tantos desastres (1067).